

UNA EXPOSICIÓN SIN TÍTULO EN **PLURAL NODO CULTURAL**. BOGOTÁ 20/03/2021 - 30/04/2021

**WILLIAM CONTRERAS ALFONSO**: CURADURÍA

**FELIPE ARTURO**: *UMISHA (ANTENA)*, ESTRUCTURA EN VIGA METÁLICA Y AMARRES EN CABLE PLÁSTICO, 2021.

**MARÍA LEGUÍZAMO**: *NOW/HERE NOWHERE*, VIDEO DIGITAL 59:00, 2017.

*COBIJA*, PIEZA TEXTIL RECIPIENTE DE AGUA, 2021.

**CARLO ALBERTO BURIDAN**: (*PINTURA SIN TÍTULO*), CIRCA 1945.

**FALON CAÑÓN**: *KOWLOON*, APARATOS ELECTRÓNICOS MODIFICADOS, 2021.

(*DIBUJOS SIN TÍTULO*), 2013 - 2015.

**GABRIEL MEJÍA ABAD**: *TARIFA / ULTRECHT / RÍO Y BARCELONA*, ESCRITOS, 2008, 2008, 2017.

*SILLA RECLINOMÁTICA*. SILLÓN RECLINABLE MODIFICADO, 2012.

*DE LA SERIE "CONSTRUIR EL OPTIMISMO"*, SECADOR DE MANOS Y PAPELERA PLÁSTICA, 2018.

*LYRICA Y TRAMADOL*, ESCULTURAS EN TELA RELLENA Y OJOS DE PLÁSTICO, 2019.

**ELECTROPERRA Y LIXIVIADX**. *BUEN PASTOR*, IMPROVISACIÓN SONORA EN VIVO, 6:00 A 7:00 PM. 20/03/2021

ESCRITOS DE GABRIEL MEJÍA ABAD

TARIFA

Muy al sur, lo más al sur posible de Europa está Tarifa, en Google Maps se ve que la tierra es algo seca, en la costa hay un faro desde donde se pueden ver los dos mares, el Mediterráneo y el Atlántico; en realidad los dos mares son uno solo en las costas de Tarifa, uno es más frío que el otro pero a fin de cuentas mar es mar.

En la esquina de mi casa está Corner, una tienda de esas que sustituyeron a las antiguas, de esas que tienen datáfono para pagar con tarjeta y muchos productos empacados. Corner es como Tarifa: desde allí se pueden ver todas las calles que confluyen en una sola, calle es calle, miedo es miedo.

Cruzar esas calles es difícil, no hay semáforos y uno siempre tiene la sensación de que lo van a atropellar, de que uno ya murió allí mismo. Debe ser culpa de mi nuevo nerviosismo, mi nuevo nerviosismo, mi nuevo nerviosismo, mi nuevo nerviosismo.

Suena a consigna política, suena a venta de helados callejera, a avioneta con pancarta, suena a grito desesperado, suena a graffiti en las inmediaciones de una calle abandonada: MI NUEVO NERVIOSISMO, suena a nombre de un periódico de derecha.

El caso es que casi nunca me siento a gusto en la calle, alguna vez no fue así, alguna vez recuerdo estar de noche en cualquier sitio caminando al lado de mi especie de pandilla de perdedores, mirábamos la oscuridad de otra forma, como si fuera una aliada de las tonterías que hacíamos, de las cosas que queríamos contar al otro día los unos a los otros y reírnos de nuevo. Las veces que corrimos y nos persiguieron, las veces que perseguimos, las veces que nos agarraron y nos hicieron comer mierda, sangrar mierda. Ahora no, ahora la calle es sólo un pasadizo indispensable para el recorrido, un medio y no un fin. Un recorrido que tiene que llevar a algún lado, eso es asustador, me hace sentir viejo y patético en extremo. La seguridad burguesa de la casa con todas esas cosas que he venido recolectando, dispuestas para el confort, para la apatía me parece ahora mucho más alentadora que las promesas de la calle.

Las costas de África están a sólo doce kilómetros de Tarifa. En días despejados desde Tarifa se puede ver Tánger y a todos los artistas babosos que pasan por allí y tratan de imitar la luz que pintaba el baboso de Delacroix. Los del primer mundo mirando al tercero, los del tercero mirando al primero, sólo doce kilómetros de mares unidos separan a la humanidad.

Yo también estoy separado, me separan tres metros de la cocina, dos metros del anaquel, uno de la ventana, cinco metros de la puerta, tal vez cincuenta de Corner, un millón de millones de kilómetros de mi jubilación, de la tranquilidad en alguna finca a las afueras de la ciudad, me separa un mar de la tranquilidad, un mar negro, un mar muerto. Me pasa un escalofrío por la nuca, se me ponen duras las bolas así que voy y me las afeito, siguen duras, el miedo me parte en dos, no deja de resonarme en el cerebro el número treinta y seis: son los años que acabo de cumplir, ese número me ha condenó a la vejez, a la parálisis; puedo sentirlo: los vellos creciéndome en los hombros antinaturalmente, los dolores en las articulaciones, los polvos sin ganas y de fondo la novela, yendo a Corner por comida enlatada y saludando a la vieja esa del perro con el que converso; me dice siempre que lo ayude, que está cansado de comerle la vagina a ese cuerpo flácido. No puedo hacer nada por él, es un caso perdido, un soldado del tiempo, ya que su espíritu se encuentra del otro lado, del lado de los muertos, de los suplicantes. Un Frech Poodle con los ojos perdidos.

Los árabes se toman Tarifa, en sus aparatos reproductores escuchan Love Buzz de Nirvana a todo volumen, no necesitan barcos, pasan nadando por el mar que son dos mares, sendos Gran Daneses los guían en el camino, no tienen miedo al llegar a las costas, la arena se pega en sus pieles morenas, es un buen presagio, saben que van a estar allí por siglos. Saben que ya nada puede detenerlos, son jóvenes y osados, son rosados, son sados, son ados, son dos, son miles. Un grupo de travestis se toma en el mismo instante de tiempo el Corner, se

preguntan si serán seguras estas tierras, si la soledad de este barrio les convendrá en sus planes de expansión, son miles, están sentados sobre unas bancas de metal labradas, no distingo muy bien sus formas, parecen arabescos.

## ULTRECHT

Hace frío en los Países Bajos. Los trabajadores se dirigen a la estación de tren. En verdad hace un día de mierda y la mayoría de los trabajadores tienen en la mente la imperante idea de estar en el Caribe. Es una estación importante esta de Utrecht, desde allí no sólo se puede viajar a todas las ciudades importantes de los Países Bajos sino también a casi toda Europa. Hace un frío de mierda, unos niños esconden debajo de sus gorros de lana unos tupidos pelos rubios despelucados marcados por la forma de la almohada.

Aquí también hace frío, es de noche, para ser más exacto son las 10:04 pm. Tengo hambre, en la olla se hace un arroz con un poquito de mantequilla y sal, tengo listas las salchichas y el jamón para cuando el arroz esté listo. No soy muy imaginativo con la cocina, la verdad la idea se me ocurrió mientras hacía el Amor hace un rato. Arroz con salchicha, la boca se me llenó por un momento de babas; dejé de pensar en eso, estaba haciendo el amor. Cuando venía para acá en la esquina vi la bolsa negra medio abierta al frente del Hotel Embajador, el aviso luminoso rojo le daba una apariencia medio cinematográfica: como esas habitaciones donde el detective duerme, esas que quedan cerca de un casino o algo así, la luz fluctúa entre rojo y azul, tal vez verde. De la bolsa de basura negra salían varias papas que estaban tiradas en el piso, a esta hora una papa bien lavada por la lluvia en la acera no parece una papa, parece un huevo, un embrión, las miré por un segundo, no les presté mucha importancia: la calle está llena de basura.

Es cierto que me da rabia que las calles estén sucias; cada día salgo y el portón de mi casa acumula una buena cantidad de desperdicios. El viento se arremolina y duran varios días ahí. Tal vez esos empaques de dulces o toallas higiénicas vengan de la esquina, el viento que sopla desde las montañas las trae hasta aquí. ¿Qué pasará cuando logren superar el remolino que las detiene y las acumula en el portón de mi casa?, no sé, me imagino que seguirán su camino hacia el occidente, al final de la ciudad, allá en los límites entre los edificios y la naturaleza se detendrán, su viaje habrá terminado. La basura en el campo no tiene ningún sentido.

En la estación de Utrecht son exactamente las 05:04 am, siete horas más que aquí.

Quise ponerle ají a las salchichas y se me regó todo el contenido de la botellita de vidrio sobre ellas, quedaron prácticamente incomibles, aún así las revolví con el arroz e intenté saciar el hambre, resultado: un dolor quemante en la barriga, resultado 2: rabia, resultado 3: hambre, resultado 4: inseguridad al cocinar.

Hay un hombre extraño en la estación del tren de Utrecht, tiene cara de borracho, camina como borracho. Es el doctor Diedrik Stapel. Mira a su alrededor buscando signos de racismo. Según sus novedosas teorías los días en que se acumula la basura en la estación de Utrecht el odio hacia los migrantes aumenta considerablemente. Reparte encuestas a diestra y siniestra entre los anglosajones, también entre los negros y los latinos, a estos últimos les cuesta más que al resto sacar las manos de los bolsillos, tienen frío y recuerdan con cariño el tercer mundo, parece tan lejano. Llenan las encuestas sin entender mucho.

El doctor Stapel es un timador, claro está, jamás ha podido soportar sus teorías con pruebas que no sean sembradas por él mismo. Su afán de organizar el mundo de manera esquemática, su compulsión lo ha llevado, durante años a botar las encuestas a la basura y generar unas nuevas que soporten sus tesis. Sin embargo a estas alturas no me parece tan descabellado pensar en que desde un principio tuvo razón, siento una especie de odio racial cuando salgo y veo todos esos papelitos en el portón de mi casa. No puedo decir con certeza hacia quien va dirigido ese odio, pero tengo pistas:

1. A los que sacan la basura los días que no pasa el camión
2. A recicladores los que rompen las bolsas para buscar material
3. A los indigentes que rompen las bolsas para buscar comida
4. Al viento

Es un grupo heterogéneo y complejo que tal vez no tenga que ver mucho con la raza pero sí con el odio y el odio, como el Amor, es irracional baby, es tan sincero, tan cortante como navaja, tan peligroso y al mismo tiempo tan creativo. Sigo con la boca picada, la tráquea también. Las ratas deben estar comiéndose las papas de la acera, tal vez, como yo, tengan una severa indigestión, eso me alegraría mucho.

## RÍO Y BARCELONA

Brasil, año 2014 después de Cristo. Las ciudades se revelan, los sistemas de transporte masivo están en manos de las turbas enardecidas, reina el caos. La policía intenta mantener el control pero cada vez es más generalizado el descontento, hay incendios, se ven, desde los helicópteros focos de humo, se escuchan disparos y ladridos de perros. En la radio se preguntan: ¿cómo puede ser posible que sigan protestando si 40 millones pasaron de ser miserables a ser pobres en los últimos años?

Mientras tanto, en el resto del mundo la gente a través de las pantallas, busca la zamba y el carnaval, alguna escenografía ambientada para seguir creyendo en un Brasil tropical, amable y buen salvaje. ¡Lo encuentran por

millones!, casi todas las cadenas transmiten día y noche spots de gente sonriente, gente negra sobre todo, algunos mulatos también y una cuota no muy grande de europeos que parecen estar seguros en sus hoteles de manillas. Todo se ve tan tranquilo, como en un sueño de Daiquiris y palmeras, de asoleadoras y topless. Hemos convertido nuestras ciudades en Zombis, en esclavas de los intereses de otros. Ciudades enteras que son como escenografías gigantescas de la felicidad, del espíritu deportivo o de cualquier otro. Espeluznantes cadáveres de cemento que parecen haberse olvidado de sí mismos y que deambulan por el mundo sin saber muy bien qué es lo que quieren y por qué están ahí.

No puedo parar de pensar en Barcelona, con esa villa olímpica que la catapultó en 1992 al primer mundo; allá estuve un día hace ya varios años con mi camarita y mis sueños de conocer el mundo, de salirme de la casa de mi mamá. Casi medio día caminé bajo el sol y no vi mucho más que ladrillos y construcciones que en ese tiempo me parecieron posmodernas; gente en realidad no vi mucha, para ser sincero no me acuerdo de haber visto a una sola persona. Luego le pregunté a mi amiga que trabajaba en la Generalitat qué había antes en ese lugar y me contó que era un barrio viejo de pescadores, un barrio de gente pobre. Ahora esa gente vivía en barrios construidos, bajo todas las normas de calidad, a las afueras de la ciudad.

Sí, tal vez como dice mi amigo Víctor Albarracín esté sufriendo yo de esa especie de nostalgia pequeño burguesa que lo hace a uno creer que todo debería ser más "pintoresco", eso que les pasaba a los pintores franceses que cruzaban al Tánger para ver cómo de verdad vivían los humanos. Puede ser eso o puede ser que tenga miedo de que esta ciudad se llene de mamotretos de hormigón rodeados de señores con Rottweilers; linda para las cámaras, terriblemente aburrida para el peatón.

El otro día fui a la muestra de Carlos Garaicoa que se presenta en NC arte. Se llama Línea rota del horizonte. Hay unas maquetas en cemento, copias de construcciones inacabadas o abandonadas en distintas ciudades, algunas en Bogotá. Esas maquetas grises que se me parecieron a los estadios en Brasil, a la Villa Olímpica de Barcelona, me hicieron pensar en el poder, el poder que define cuándo y dónde se construye, el porque se abandona o se dinamita, o simplemente se deja ahí para que la hiedra se lo trague todo, se trata del poder financiero claro está, pero también el enorme poder de significado de algo que parece no ser específico, algo que es una masa gris indefinida pero voraz, algo que come cerebros y se arrastra, algo que cambia profundamente nuestra forma de recorrer y mirar y que al mismo tiempo no es nada. Podríamos llamarlo ruina o baldío o tal vez simplemente un espacio abandonado. Podríamos decir que esos lugares son la parte de atrás de las escenografías que vemos en la televisión, lo hiriente del proyecto, lo verdadero, si es que esa palabra tiene algún sentido. Son también otra especie de zombi, medio muertos y medio vivos, medio conscientes, presentes pero olvidados, sin ningún sentido, con todo el sentido concentrado.